

FOCO

En algún lugar del mundo sostiene un calor parecido a la sombra del maniquí alrededor del cual supo bailar don Agüero, el sastre de mi barrio, en los primeros años de la década del setenta, obsesivo y tempestuoso en su labor de costura. Diminuta, llena de pólvora, esta mujer -en el rincón soñado por otros, quizás- difunde su profundo lirismo con veleidades de gran poeta. Pero aquí pisa en falso el toque de distinción. Demasiadas lecturas (los románticos alemanes, Virgilio, Hugo, Whitman, los místicos españoles) han desbordado esa voluntad, convirtiendo a la señorita Prieto en un espejo silencioso de lo que no debe ser rehén de la estupidez. "La campaña electoral tarde o temprano se paga, qué pretenden los políticos". "Educadores había en mi época: no volaba una mosca en la clase y vaya que se aprendía". Exquisita sensibilidad para interpretar la vida y reaccionar en cadena. Año tras año, invariablemente, asisto al seminario sobre poesía latinoamericana contemporánea que la señorita Prieto dicta en el Instituto Superior de Humanidades como invitada. Estudio cada uno de sus movimientos, pero nunca logro el enfoque perfecto: le dispararía a un angelito de porcelana.